

A close-up profile of a Roman soldier's helmet, featuring a prominent red plume. The helmet is made of weathered metal with several circular rivets. The soldier is wearing a blue chainmail tunic. The background is a soft, out-of-focus blue.

BEN KANE

ANÍBAL
NUBES DE GUERRA



ANÍBAL NUBES DE GUERRA

Ben Kane

Traducción de Mercè Diago y Abel Debritto

Título original: *Anibal. Clouds of War*
Traducción: Mercè Diago y Abel Debritto
1.ª edición: marzo 2015

© Ben Kane, 2014
© Ediciones B, S. A., 2014
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

DL B 4859-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-991-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Mapa 1

Mapa 2

Mapa 3

Prólogo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

SEGUNDA PARTE

17

18

19

20

21

22

23

24

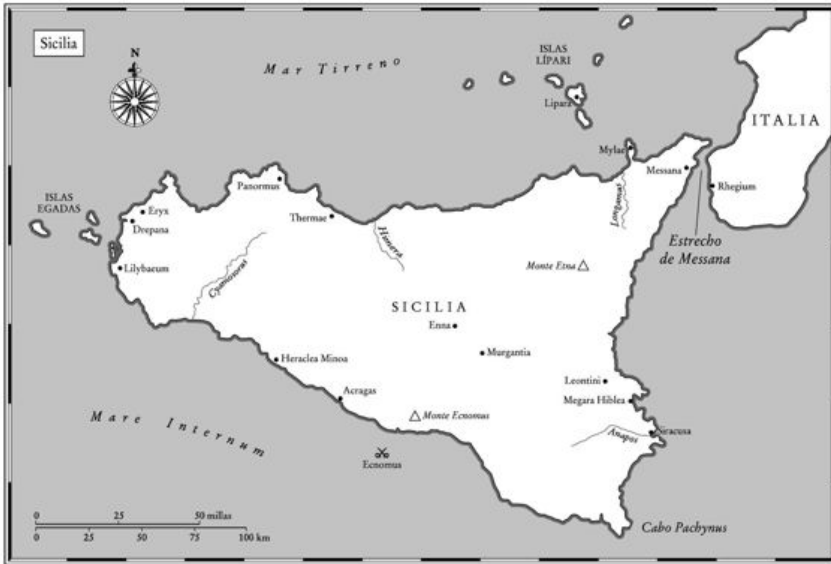
25

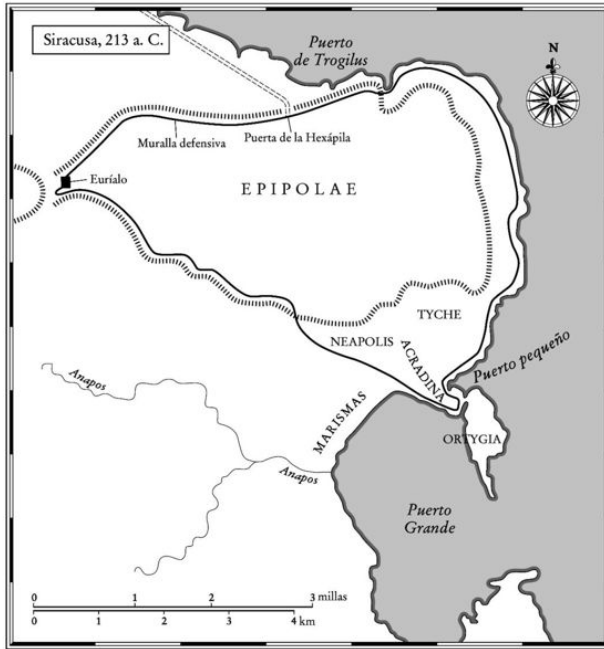
Epílogo

[Nota del autor](#)
[Glosario](#)
[Nota](#)

Para Camilla y Euan, compañeros en Northumberland durante una época difícil. Al cabo de más de una década, seguís siendo mis amigos. Con eso está todo dicho.







Prólogo

Apulia, sur de Italia, verano del 216 a. C.

Después de una victoria rutilante sobre más de ochenta mil romanos, Aníbal permitió a los soldados descansar dos noches y un día. «Es lo mejor que podía hacer», pensó Hanno mientras observaba las caras de la cincuentena de oficiales y jefes de clanes que había a su alrededor, cartagineses, númeritas, íberos y galos. A pesar de haber dormido un poco y haberse lavado la sangre del rostro y los brazos, no cabía la menor duda de que se les veía rendidos. Exhaustos. Agotados.

Aunque era joven y gozaba de buena forma física, Hanno se sentía igual. No podía ser de otra manera. La batalla de Cannae se había librado bajo un abrasador sol estival durante un día entero. La matanza ni siquiera cesó cuando se giraron las tornas y los legionarios quedaron rodeados. La lucha implacable solo tocó a su fin cuando cayó la noche, cuando los soldados cartagineses acabaron cubiertos de sangre de pies a cabeza y los caballos del lomo a los cascotes. Después de la encarnizada lucha, los campos de matorrales del amanecer se habían convertido en campos de sangre al anochecer.

La batalla había causado estragos entre los supervivientes. Más de cincuenta mil romanos yacían sin vida en un perímetro de veinte estadios, pero ocho mil soldados de Aníbal jamás volverían a ver un nuevo día, entre ellos Malchus, el padre de Hanno, que apenas podía contener la pena que brotaba de su interior. Casi todos los hombres que le rodeaban habían perdido a algún ser querido o habían sido testigos de la muerte de íntimos amigos o compañeros de armas. Pero había merecido la pena. Roma había recibido un mazazo histórico y había perdido más de dos tercios de su ejército. Uno de sus cónsules había muerto y habían caído centenares de miembros de la clase gobernante. Los pueblos y ciudades de Italia debían de estar temblando ya ante la devastadora noticia. Contra todo pronóstico, Aníbal había vencido al mayor ejército que la República Romana había reunido jamás. ¿Cuál sería su próxima hazaña? Desde que Aníbal les había convocado en la explanada situada ante su tienda, esa era la pregunta que corría en boca de todos.

Hanno vio a su hermano Bostar.

—¿Sabes lo que nos va a decir? —susurró.

—Sé tanto como tú.

—Espero que nos ordene marchar sobre Roma —interrumpió Sapho, el mayor de los tres hermanos—. Quiero quemar y arrasar esa maldita ciudad.

Aunque no siempre estaba de acuerdo con Sapho, esta vez Hanno compartía su deseo. Si el ejército que la acababa de derrotar de forma tan aplastante se presentaba ante sus puertas, Roma tendría que rendirse, ¿no?

—Pero lo primero que hay que hacer es trasladar el campamento lejos del campo de batalla —comentó Sapho arrugando la nariz—. El olor es insoportable.

Hanno asintió e hizo una mueca. El calor del verano acrecentaba el omnipresente hedor de la carne en putrefacción.

Bostar soltó un bufido desdeñoso.

—¡Aníbal tiene cosas más importantes en las que pensar que nuestros olfatos ofendidos!

—Era una broma, hermano, pero eso es algo que tú no puedes entender —gruñó Sapho.

—¡Basta! ¡Ya viene! —rió Hanno a sus hermanos.

Los *scutarii* vestidos de negro que hacían de guardaespaldas del general se habían puesto firmes.

Se produjo una breve pausa y Aníbal salió de la tienda en plena luz del alba. Los exhaustos oficiales le ovacionaron con entusiasmo. Hanno gritó con todas sus fuerzas, al igual que sus hermanos. El general era un hombre al que valía la pena seguir, un hombre que había liderado a su ejército a lo largo de miles de estadios desde Iberia hasta Italia atravesando la Galia con el objetivo de humillar a Roma.

Aníbal iba vestido para la guerra. Sobre la túnica púrpura vestía una brillante coraza de bronce, con los *pteryges* para protegerse la entrepierna y los hombros, e iba tocado con un sencillo casco helénico. Un parche púrpura cubría el lugar que debería ocupar el ojo derecho. No llevaba escudo, pero iba armado con una sencilla *falcata* envainada. Al general también se le veía cansado, pero su amplio rostro barbudo lucía una expresión de satisfacción y le brillaba la mirada cuando levantó las manos para pedir silencio y colocó los pies separados en el suelo.

Los asistentes callaron en el acto.

—¿Lo habéis asimilado ya? —preguntó Aníbal.

—¿A qué te refieres, señor? —preguntó Sapho con una sonrisa pícara.

Sonaron varias carcajadas y Aníbal inclinó la cabeza sonriente.

—Creo que ya sabes a lo que me refiero, hijo de Malchus.

—Estamos empezando a asimilarlo, señor —respondió Sapho.

Hubo varios murmullos de satisfacción y miradas contentas. Antes de la batalla, nadie había dudado de la expe-

riencia táctica de Aníbal, pero ahora su habilidad rozaba la de los dioses, pensó Hanno. Los cincuenta mil soldados de Cartago se habían enfrentado a un ejército que les doblaba en número y al que no solo habían vencido, sino aplastado totalmente.

—Cada vez que se me olvida, señor, el hedor del campo de batalla me recuerda el número de enemigos que aniquilamos —añadió Sapho.

Más risas.

—Pronto trasladaremos el campamento, no os preocupéis.

Aníbal hizo una pausa y todos guardaron silencio.

—¿Adónde iremos, señor? ¿Al Campo de Marte en las afueras de Roma? —preguntó Hanno, que comprobó complacido cómo varios oficiales asentían con la cabeza al oír su comentario, entre ellos Maharbal, el comandante de la caballería de Aníbal.

—Ya sé que eso es lo que deseáis la mayoría —respondió Aníbal—. Pero no es el plan. Estamos a más de dos mil quinientos estadios de Roma y los hombres están exhaustos. No tenemos comida para todo el viaje y, mucho menos, para alimentarnos una vez allí. Las murallas de Roma son altas y carecemos de máquinas de asedio. Mientras nos dedicáramos a construirlas —con el estómago vacío— en el exterior, el resto de las legiones de la República nos atacarían por la retaguardia. En cuanto llegaran, tendríamos que retirarnos o quedaríamos atrapados entre ellos y la guarnición de la ciudad.

Las palabras de Aníbal fueron como un jarro de agua fría. El entusiasmo de Hanno se desvaneció ante la certeza de su general. Casi todos los rostros y murmullos a su alrededor reflejaban el mismo descontento.

—Quizá no lleguemos hasta ese punto, señor —cuestionó Maharbal.

Se hizo un silencio atónito.

—Hemos vencido a los romanos tres veces, señor — prosiguió—. Los aplastamos en Trebia, en el lago Trasimene y aquí, en Cannae. Roma debe de haber perdido unos cien mil soldados. Solo los dioses saben con exactitud cuántos ecuestres y senadores han muerto, pero habrá sido un gran porcentaje del total. Ahora podemos deambular a nuestro antojo por el territorio saqueando pueblos y ciudades. Si marchamos sobre Roma, la República suplicará la paz. ¡Lo sé!

—¡Tiene razón! —exclamó Sapho.

Los hombres mostraron su acuerdo con un rugido.

Las palabras de Maharbal resultaban muy seductoras, pero Hanno pensó en su amigo Quintus, que con solo dieciséis años se había enfrentado en solitario a tres bandidos armados. Era una de las personas más tozudas y valientes que jamás había conocido, y esos eran rasgos característicos del carácter romano. Durante la batalla que habían librado dos días antes, muchos legionarios continuaron luchando a pesar de estar claramente derrotados.

Con aire pensativo, Aníbal se frotó los labios con un dedo.

—Estáis muy seguros —dijo por fin, mirando primero a Maharbal y luego a Sapho.

—Sí, señor. ¿Quién es capaz de soportar una paliza como la que recibieron hace dos días los romanos y seguir luchando? ¡Nadie! —sentenció Sapho.

—Tiene razón —convino otro oficial.

—Sí —añadió un tercero.

«Si Quintus sigue con vida, no se rendirá hasta que no le quede ni una gota de aliento en el cuerpo», pensó Hanno. Su amigo lucharía hasta la muerte antes que rendirse.

Aníbal fijó la vista en Sapho.

—Maharbal conoce bien la historia de nuestra primera guerra contra la República, ¿y tú?

—Claro, señor. Me crie escuchándola de boca de mi padre.

—¿Y te explicó tu padre cuántas veces se hundieron los barcos romanos y sus arcas se quedaron vacías?

Sapho se sonrojó al recordarlo.

—Sí, señor.

Hanno también recordaba la historia.

—Cualquier pueblo normal hubiera aceptado la derrota después de semejantes desastres. En lugar de ello, los nobles romanos vendieron sus propiedades para recaudar el dinero necesario para construir nuevos barcos. La guerra continuó porque esos cabrones tozudos se negaban a darse por vencidos. Y todos sabemos lo que sucedió al final del conflicto.

Se oyeron murmullos airados sobre indemnizaciones de guerra y territorios perdidos.

—Pero los romanos jamás han sido derrotados antes como aquí, señor —replicó Sapho.

—Es cierto —reconoció Aníbal—, por ello tengo la esperanza de que pidan la paz. Por eso, Carthalo —dijo señalando a uno de los oficiales de caballería de mayor rango— encabezará una delegación que partirá mañana hacia Roma para negociar las condiciones con el Senado.

«Eso podría funcionar.»

—¿Qué condiciones son esas, señor? —inquirió Hanno.

—Roma debe reconocer el honor y el poder de Cartago. Debe devolvernos Sicilia, Cerdeña y Córcega y reconocer nuestra preeminencia en los mares al oeste de estas islas. Si la República no acepta estas condiciones, a los dioses pongo por testigo que causaremos tanta muerte y destrucción entre sus ciudadanos que esta batalla parecerá una simple escaramuza. Por otro lado, los pueblos que no sean de origen romano que se pasen a nuestro bando gozarán de nuestra protección.

Maharbal negó con la cabeza, pero muchos oficiales intercambiaron miradas de satisfacción.